

Luis Llorens Torres

AL  
PIE  
DE  
LA ALHAMBRA

*Estudio preliminar, edición y notas  
de  
Álvaro Salvador Jofré*

GRANADA  
2012

La publicación del presente volumen se enmarca en las actividades del Proyecto de Excelencia de la Junta de Andalucía HUM-1676, «Biblioteca de Granada».

© Del estudio preliminar, edición y notas.

ÁLVARO SALVADOR JOFRÉ.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

AL PIE DE LA ALHAMBRA.

ISBN: 978-84-338-5380-6

Depósito legal: Gr./ 1.215-2012

Edita: Editorial Universidad de Granada.

Campus Universitario de Cartuja, Granada.

Fotocomposición: García Sanchis, M.J., Granada.

Diseño de cubierta: José María Medina Alvea.

Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	9
PRÓLOGO .....	25

### AL PIE DE LA ALHAMBRA

<i>Dedicatoria</i> .....	41
<i>Granada</i> .....	43
<i>Sierra Nevada</i> .....	49
<i>La Alhambra</i> .....	52
<i>Crepúsculos granadinos</i> .....	57
<i>La guitarra</i> .....	59
<i>Desengaño</i> .....	60
<i>Fragmento</i> .....	61
<i>El inmutable</i> .....	63
<i>Las dos auroras</i> .....	64
<i>Ojos azules</i> .....	65
<i>La vi lejos...</i> .....	67
<i>Amorosa</i> .....	68
<i>La mejor tumba</i> .....	69
<i>Nuevo amor</i> .....	72
<i>El primer beso</i> .....	73
<i>No temas</i> .....	75
<i>Bajo la parra</i> .....	76
<i>Felicitación</i> .....	77
<i>Pasional</i> .....	79

Al pie de la Alhambra

<i>Tú y yo</i> .....	80
<i>El triunfo</i> .....	81
<i>Soneto</i> .....	82
<i>Ayer y hoy</i> .....	83
<i>La reja</i> .....	84
<i>Sobre la rosa...</i> .....	85
<i>Epitalamio</i> .....	86
<i>No es raro...</i> .....	87
<i>Ausencia</i> .....	88
<i>Rápida</i> .....	89
<i>Íntima</i> .....	90
<i>Rimas</i> .....	91
<i>Cantares</i> .....	94
<i>Rimas y cantares</i> .....	97
<i>Adiós</i> .....	99
NOTAS A LOS POEMAS .....	101
APÉNDICE .....	105

## INTRODUCCIÓN

Luis Llorens Torres (Juana Díaz, 1876-Santurce, 1944) fue uno de los fundadores de la literatura nacional puertorriqueña. Aunque la mayoría de sus críticos hablan de una etapa inicial modernista, lo cierto es, como veremos más adelante, que la trayectoria literaria de Llorens Torres se inicia en contacto con una atmósfera que cultiva un cierto tardorromanticismo poético y un ambiente intelectual neoidealista que alguna crítica situó cerca del «espíritu del 98».

Más tarde, dentro ya del proceso de construcción de Puerto Rico como estado independiente de España, Llorens Torres se compromete con las luchas cívicas de su país, participando en distintos proyectos políticos como el Partido Federal y el Partido Unión de Puerto Rico. Colabora en distintas publicaciones periódicas y en 1913 funda la *Revista de las Antillas*, proyectada precisamente para cubrir el ámbito intelectual hispánico del archipiélago: Cuba, Santo Domingo y Puerto Rico. La revista se publicó durante dos años. No era estrictamente una revista literaria o cultural, aunque acogiera en ella las distintas manifestaciones artísticas, sino que más bien se planteaba como un magacín de información general en el que se incluían secciones tan dispares como las de agricultura, legislación, ciencias o «mundo femenino». En ella colaboraron autores de reconocido prestigio como Rufino Blanco Fombona, que contribuyó a difundir la obra de muchos de los principales representan-

tes del ya moribundo modernismo, como el propio Rubén Darío, Herrera y Reissig o José Santos Chocano. También colaboraron Pompeyo Gener, Carmen de Burgos, Salvador Canals, Nicolás María López, Azorín, Francisco Villaespesa, Regino H. Boti, etc. Además, la revista traduce o estudia la obra de alguno de los escritores europeos más significativos de la época, como Paul Verlaine, Sully Prudhomme, Maeterlink, Mark Twain, Marcel Prevost, Pierre Loti o Jacinto Benavente. La *Revista de las Antillas*, «aunque tuvo corta vida, fue suficiente para la propagación de la cultura puertorriqueña en una época de brillantes escritores. Se universalizó. Lo que contribuyó a ello, además de la calidad de sus colaboradores, fue el amplio y diverso índice de materiales...» (Ortiz García, 1977, 56).

A raíz de la aventura que representó la *Revista de las Antillas*, Llorens retoma su carrera literaria publicando un poema extenso *La canción de las Antillas* (1913), un drama patriótico *El grito de Lares* (1914) y un libro de poemas *Sonetos sinfónicos* (1914). Reiniciada su trayectoria, cae también en la tentación de los vanguardismos promocionando dos movimientos que no tendrían mucha continuación: el «pancalismo», que propugnaba la creencia de que la belleza se encontraba en cualquier lugar de la realidad y, por lo tanto, había que buscarla constantemente y el «panedismo» con el que defendía que toda palabra tiene su alma y, por lo tanto, es capaz de albergar la posibilidad de un verso, de una encarnación poética. Años más tarde, completará con *La canción de las Antillas y otros poemas* (1929), *Voces de la campana mayor* (1935), quizá su libro más completo y *Alturas de América* (1940) su trayectoria literaria.

Para Raquel Ortiz Rodríguez, Llorens Torres, junto con otros escritores claves en el canon puertorriqueño como Miguel Meléndez, Enrique A. Laguerre, Emilio S. Belaval, Manuel Méndez Ballester, Antonio S. Pedreira o Abelardo Díaz

## Introducción

Alfaro, contribuyó decisivamente a la elaboración de la «ideología jibarista», centrada en torno a la mitificación de la tierra, es decir, las antiguas haciendas cafetaleras, símbolos de la cultura tradicional heredada de España. El «jibarismo» será la exaltación del campesino criollo, provocada por la reacción de las antiguas capas criollas hispanófilas frente a la amenaza de la, cada vez más creciente, influencia cultural estadounidense. Así, en un proceso ciertamente tardío, estas capas burguesas criollas elevan al campesino jíbaro a la categoría de símbolo concreto, representante ficticio de una nacionalidad también, en cierto modo, inexistente: la nacionalidad puertorriqueña. (Ortiz Rodríguez, 2008, 189-2007). El poema «Valle de Collores», incluido en su último libro *Alturas de América*, ejemplifica muy bien toda esta filosofía jibarista, desde la elección de su estrofa, la décima, muy utilizada por la tradición del repentismo, de la poesía popular improvisada —muy rica también en la vecina isla de Cuba— hasta la descripción del campesino desarraigado:

Cuando salí de Collores  
fue en una jaquita baya,  
por un sendero entre mayas  
arropás de cundiamores.  
Adiós, malezas y flores  
de la barranca del río,  
y mis noches del bohío,  
y aquella apacible calma,  
y los viejos de mi alma,  
y los hermanitos míos.

¡Qué pena la que sentía,  
cuando hacia atrás yo miraba,  
y una casa se alejaba,  
y esa casa era la mía!

Al pie de la Alhambra

La última vez que volvía  
los ojos, vi el blanco vuelo  
de aquel maternal pañuelo  
empapado con el zumo  
del dolor. Mas allá, humo  
esfumándose en el cielo.

La campestre floración  
era triste, opaca, mustia.  
Y todo, como una angustia,  
me apretaba el corazón.  
La jaca a su discreción,  
iba a paso perezoso.  
Zumbaba el viento, oloroso  
a madre selvas y a pinos.  
Y las ceibas del camino  
parecían sauces llorosos.

No recuerdo como fue  
(aquí la memoria pierdo).  
Más en mi oro de recuerdos,  
recuerdo que al fin llegué,  
la urbe, el teatro, el café,  
la plaza, el parque, a la acera...  
Y en una novia hechicera,  
hallé el ramaje encendido,  
donde colgué el primer nido  
de mi primera quimera.

Después, en pos de ideales.  
Entonces, me hirió la envidia.  
Y la calumnia y la insidia  
y el odio de los mortales.  
Y urdiendo sueños triunfales,  
vi otra vez el blanco vuelo  
de aquel maternal pañuelo



## Introducción

empapado con el zumo  
del dolor. Lo demás, humo  
esfumándose en el cielo.

Ay, la gloria es sueño vano.  
Y el placer, tan sólo viento.  
Y la riqueza, tormento.  
Y el poder, hosco gusano.  
Ay, si estuviera en mis manos  
borrar mis triunfos mayores,  
y a mi bohío de Collores  
volver en la jaca baya  
por el sendero entre mayas  
arropás de cundiamores.

El propio Llorens Torres fue también un emigrante del Valle de Collores, aunque su emigración ciertamente se realizó bajo unas circunstancias muy diferentes a las de los campesinos que viajaban a la capital en busca de trabajo. Descendiente de una pudiente familia de hacendados, viaja a España en 1894 con el objeto de completar sus estudios en la metrópoli. Hasta 1898 permanecerá en Barcelona en donde cursa Filosofía y Letras y tres años de Derecho. Además de buen estudiante, debía ser ya en aquella época un precoz seductor, pues a pesar de haberse dejado una novia en su pueblo, él mismo confesó más tarde: «Yo era muy enamorado, mucho, ¡Tanto que a veces tenía más de dos novias. Yo era tan niño! ... Una vez conocí una muchachita, bella como Abaud. Y con todos los hechizos de Nausicaa ... Más tarde fuimos novios. Y esto supe entonces que era hija de uno de mis profesores en la Universidad. Al buen viejo le molestó aquello. Y quiso suspenderme. Y entonces, yo tuve que huir. Y desde aquel momento, empecé a sentir vibrar en mí la voz de la Alhambra, con todos sus misterios y fascinaciones de leyenda.» (Cruz Monclova, 1919)

Carmen Marrero nos hace un retrato muy ajustado del personaje: «Llorens no era un hombre alto, pero lo que le faltaba de estatura lo llenaba con creces la dimensión profunda de su vibrante personalidad. En los años de su madurez adquirió una expresión en su cuerpo y en su rostro de tribuno<sup>1</sup> latino. Poseía una frente altísima, cejas pobladas, dando sombras a sus ojos claros y nobles, donde estaba de continuo en acecho el genio del artista. Nariz y mentón romanos enmarcaban sus labios finos, donde aparecía esbozada siempre una sonrisa. Hombre de un extraordinario vigor físico, en el otoño de su vida conservó entero su corazón el calor de sus nobles y generosos sentimientos, y en su cerebro la fecunda germinación de sus ideas. Tenía la apariencia de un hombre cualquiera, pero cuando nos acercábamos a él con más entrega, descubríamos la enorme fuerza que le hacía significarse.» (Marrero, 1968, pág. 37)

En Granada entró en contacto muy rápidamente con el núcleo de intelectuales más significativo de la ciudad, la llamada Cofradía del Avellano, creada unos años antes, en el verano de 1897, por Ángel Ganivet y Nicolás María López. Además de la Cofradía, el «Salón» del periódico *El Defensor de Granada* y la revista *La Alhambra*, dirigida por Francisco de Paula Valladar, eran los principales focos culturales de la ciudad. Con todos ellos entra en contacto Luis Llorens, llegando a entablar estrechas relaciones literarias y de amistad personal con muchos de sus integrantes.

Llorens conoce Granada en un momento muy significativo de su historia literaria: la Cofradía del Avellano acaba de obtener su máximo reconocimiento gracias a la publicación del llamado *Libro de Granada*, firmado por los antedichos Ganivet y Nicolás M.<sup>a</sup> López y además por Gabriel

1. En el original pone «tributo».

## Introducción

Ruiz de Almodóvar y Matías Méndez Vellido. Pero también es el momento en que se está iniciando su decadencia: Ángel Ganivet se había suicidado a finales de noviembre de 1898 en Riga. La Cofradía del Avellano era —como nos describe Nicolás María López— «una reunión de amigos» que «nunca tuvo domicilio ni reglamento. El presidente nato era Ganivet. En su estructura exterior se asemejaba a las Academias helénicas. Sentados en semicírculo alrededor de una fuente natural bellísima, bajo un dosel de álamos y avellanos, se departía con serenidad y elevación, en estilo granadino, que sabe combinar la seriedad de los asuntos con el ingenio y la gracia.» (Ganivet, 2001,16) La mayoría de los cofrades ocultaban su verdadera personalidad bajo un seudónimo literario: Ganivet era «Pío Cid» y Nicolás M.<sup>a</sup> López, «Antón el Sauce». Además de los líderes, eran cofrades asiduos «Feliciano Miranda» (Matías Méndez Vellido), «Gaudente el Viejo» (Antonio Afán de Ribera), «Gaudente el Joven» (Melchor Fernández Almagro), «Castejón» (Rafael Gago), «Perico Moro» (Gabriel Ruiz de Almodóvar), «Juan Raudó» (Diego Marín), Francisco Seco de Lucena, Miguel Pareja y el catedrático de instituto Miguel Gutiérrez.

A la mayoría de ellos se refiere Luis Llorens de un modo elogioso en el prólogo de su primer libro de poemas, *Al pie de la Alhambra*, publicado en Granada en marzo de 1899, y a la mayoría de ellos dedica también los primeros poemas: «Granada» a Nicolás M.<sup>a</sup> López, «Sierra Nevada» a Miguel M.<sup>a</sup> Pareja, «La Guitarra» a Francisco Seco de Lucena, «Fragmento» a Francisco de Paula Valladar, «El inmutable» a Matías Méndez Vellido, «La vi lejos» a Diego Marín, «Amorosa» a Antonio Afán de Ribera, etc. Llorens elogia especialmente a Nicolás M.<sup>a</sup> López, notario, escritor y periodista, perteneciente a una familia de juristas, que fue asiduo colaborador de la prensa granadina y de la madrileña, amigo personal de Ángel Ganivet con quien funda la Cofradía

del Avellano y autor con él del *Libro de Granada*, prologuista famoso de sus *Cartas finlandesas* y autor él mismo de los libros *Tristeza andaluza* (1899), *En Sierra nevada* (1900), *Viajes románticos de Antón del Sauce* (1932) y *El veneno de la Alhambra* (1971), publicado póstumamente. Para Llorens, Nicolás M.<sup>a</sup> López es «... otro Ganivet, pero sin los defectos de Ganivet. En su libro *Tristeza andaluza*, he visto la obra perfecta de un poeta filósofo o de un filósofo poeta. En el señor López he conocido a un artista, tal como yo creía que debía ser el artista, sin haberlo leído en ningún libro. En *Tristeza andaluza*, he saboreado una verdadera obra literaria». (Vid. esta edición, pág. 29) Hasta tal punto quedó impresionado por la obra del granadino que hizo una versión en verso del artículo lírico o poema en prosa de Nicolás M.<sup>a</sup> López titulado «Crepúsculos granadinos», con el mismo título. (Vid. Apéndice de esta edición, págs. 105 y 106)

Elogia también a continuación a Matías Méndez Vellido, el conocido autor de los artículos de costumbres que dedicó a la ciudad y reunió en un tomo titulado *Granadinas* (1896) y también de novelas como *Prisca*, publicada por entregas, o *Teresa y Arrequín: novelillas granadinas* (1898). Ángel Ganivet dijo de él que era el mejor novelista granadino después de Pedro Antonio de Alarcón y colaboró con él y con Nicolás M.<sup>a</sup> López y Gabriel Ruiz de Almodóvar en la confección de *El libro de Granada*. También se detiene en el ilustre decano de la poesía granadina, Antonio Afán de Ribera, que alternó su carrera como jurista con la de las letras, publicando una muy extensa obra que se alarga desde sus innumerables colaboraciones periodísticas hasta las obras de teatro firmadas por «Juan Soldado», las novelas dedicadas al Dauro o al Albaicín, los artículos de costumbres sobre las tradiciones y leyendas granadinas y, por supuesto, los libros de versos como *Momentos de ocio* (1853) o *Algarabía* (1905). Habla igualmente con entusiasmo de los

## Introducción

hermanos Seco de Lucena Escalada, Francisco y Luis, tan vinculados a la trayectoria del *Defensor de Granada* y su «salón literario». Y además cita a casi todo los integrantes de la vida cultural granadina de esos años: Miguel Gutiérrez, el catedrático poeta; Miguel M.<sup>a</sup> Pareja, excelente articulista y novelista; Sánchez Gerona, humorista; Vico y Bravo, autor de dramas históricos sobre Granada y «cantor de sus antiguos esplendores»; Rafel Gago Palomo, novelista; Elías Pelayo, elegante estilista; Gabriel Ruiz de Almodóvar, otro de los integrantes de la Cofradía y autor también de *El libro de Granada*, «poeta delicadísimo», según Llorens; Diego Marín, «excursionista, anticuario y crítico de arte», como lo definió Nicolás M.<sup>a</sup> López, «autor del bien escrito» folleto *La Suiza andaluza* (crónica de una excursión a Sierra Nevada); Travasset, Castroviejo, Zambrano, Alderete, etc. Y finalmente al ilustre maestro, director de *La Alhambra* y autor de *Colón en Santa fe*, Francisco de Paula Valladar. Tanto Nicolás López Díaz de la Guardia como María Luz Escribano Pueo nos hablan de que Luis Llorens Torres estuvo integrado perfectamente en la sociedad literaria granadina, junto con otro hispanoamericano, Libertad Torres, a quien Llorens dedica su poema «La mejor tumba».

Según Carmen Marrero, en Granada también conocería a Natalio Rivas y entablaría una estrecha amistad con el poeta almeriense Francisco Villaespesa, quien en su visita a Puerto Rico en 1920 «dedicó a Llorens una serie de sonetos evocadores de aquella época de estudiante, nombrando a varios de los que fueron por aquella época sus discípulos y que llegaron como Miguel Guerra Mondragón, que también se contaba entre ellos, a ocupar puestos muy significados en la política española. Estos versos se leen en la colección de *Puerto Rico ilustrado* de 1920», según el testimonio de Carlos N. Carreras que recoge Marrero. (Marrero, 1968, pág. 28)

Al pie de la Alhambra

Un joven tan enamorado como el propio Llorens se confesaría más tarde, no podría sustraerse al encanto de aquella granadinas que definía tan detalladamente Nicolás M.<sup>a</sup> López en su poema de *El libro de Granada*:

Inquieta, ruborosa y delicada,  
grave al pensar, y en el hablar graciosa,  
parece tan esquiva y recelosa  
como luego es sumisa y delicada.

Con cuerpo de sultana apasionada,  
es mística y cristiana fervorosa;  
y tanto en alegrías es bulliciosa  
cuanto en las penas fuerte y resignada.

Mezcla el arrullo con arranque fiero,  
con ardientes caricias, oraciones;  
su porte, a un tiempo humilde y altanero,

va rindiendo al pasar los corazones;  
y lleva en su mirar, dulce y severo.  
almáciga de ensueños y pasiones...

(*El libro de Granada*, pág. 115)

La ciudad que debió encontrarse Luis Llorens Torres a su llegada a Granada, también está descrita en el mismo libro, pero esta vez por el propio Ángel Ganivet:

Demos un largo paseo desde el de la Bomba hasta el de los Tristes. Los Salones nos producen una sensación agradable; desde la Carrera a la Puerta Real notamos ligera fatiga; la calle de Reyes Católicos, hasta la Plaza del Carmen, nos distrae; desde la antigua calle de Méndez Núñez hasta la Plaza Nueva nos aburrirnos; la Carrera de Darro nos pone pensativos. ¿Por qué esta sucesión de impresiones diversas? Por-

## Introducción

que nuestro espíritu va dejándose influir por el espíritu de las calles. (*El libro de Granada*, págs. 106-108)

No es de extrañar, por tanto, que la mayoría de los poemas de su primer libro, a partir del dedicado a Libertad Torres, se ofrezcan todos a la que sería desde entonces su musa más querida, la muchacha granadina Carmita Rivero, con la que se casaría en 1901. En Puerto Rico quedaría su primera novia, María Caro Echeverría, prima del poeta. Parece ser que él regresó antes a Puerto Rico y un tiempo después viajó Carmen Rivero, estableciéndose el matrimonio en la ciudad de Ponce, donde abre un bufete de abogado que muy pronto alcanza un enorme prestigio. En 1910 trasladaría bufete y familia a San Juan. La granadina, que le sobreviviría, fue al parecer su cómplice en la vida y en los versos. Cuando en 1965 la entrevistó Nilda Ortiz, no tuvo ningún reparo en afirmar que el poeta cuando atravesaba la puerta de la calle «era de toda la que lo quisiera». Pero a continuación, al preguntarle la entrevistadora por los poemas que más le gustaban de su marido, doña Carmen Rivero le cuenta lo siguiente:

Luis acostumbraba a escribir a altas horas de la noche. Cuando lograba terminar un poema, iba a mi alcoba a despertarme para leérmelo y me decía: «Mira Carmita lo que he escrito, ¿qué tú crees?» Yo los escuchaba; unas veces con atención y le brindaba mi apoyo; pero otras veces, el sueño me vencía y apenas escuchaba lo que me leía; pero siempre eran hermosos. (Nilda S. Ortiz, 1977, pág. 30)

Al parecer, fueron famosas las tertulias y veladas literarias que el poeta organizaba en su casa los sábados y domingos que doña Carmita amenizaba con canciones acompañadas por ella misma al piano y en las que se brindaba con el fresco coco de agua, tomado de las numerosas palmeras que crecían en el patio de la casa familiar. En ese

Al pie de la Alhambra

mismo patio existía una quebrada de agua bruja que de vez en cuando aparecía y al poco desaparecía durante bastante tiempo. Llorens mismo nos hace en el poema de madurez «Palma bruja», una semblanza de la atmósfera paradisíaca en la que se desenvolvía su vida cotidiana:

Duermo en un segundo piso.  
Frente a mi cuarto una palma  
se cimbra al viento de la noche  
y casi se asoma por la ventana.  
.....  
Ella se requetemenea, y a mis ojos,  
baila que baila, baila que baila,  
baila una rumba, una rumba de esas  
que hacen temblar hasta la Habana,  
mientras mi deseo besa y bebe  
en el pezón del coco de agua.

*Al pie de la Alhambra*, fue su segunda obra publicada y su primer libro de versos, editado en Granada el 25 de noviembre de 1899, el mismo año en que La Cofradía del Avellano publica su *Libro de Granada* y el mismo en que Nicolás María López publica su *Tristeza andaluza*. Consta de treinta y cinco poemas (en realidad treinta y tres, pues dos poemas se repiten) y el prólogo, ya citado, escrito por él mismo. Aunque el libro está compuesto por una sección primera de temática variada y luego por tres secciones de poemas cortos: «Cantares», «Rimas» y «Rimas y Cantares», los poemas que inician el libro, excepto el pórtico que está dedicado a su novia Carmen Romero, se dedican a sus amigos granadinos y cantan temas relativos a la ciudad, como una especie de prolongación ultramarina del *Libro de Granada*: «Granada», «Sierra Nevada», «La Alhambra», «Crepúsculos granadinos», «La guitarra», «El inmutable», «La mejor tumba», etc. Poco a poco, el tema amoroso se va colando de rondón hasta hacerse el



## Introducción

dueño y señor de todo el libro. Los poemas no son modernistas, ni siquiera premodernistas, como ha señalado erróneamente alguna crítica, sino que más bien, como hizo ver Nilda S. Ortiz «evocan un tardío romanticismo», muy en boga en la España de entonces y que podemos rastrear también en los poetas de la Cofradía del Avellano.

Los ecos de las *Rimas* de Bécquer, sobre todo de aquellas más sentimentales, un cierto neopopularismo incipiente que se asoma en los «cantares» al estilo de Ferrán y de los cancioneros andaluces, así como los restos de la vulgarización romántica que protagonizó en aquellos años en Granada el coronado poeta José Zorrilla, conforman el estilo incipiente del joven poeta hispanoamericano. Puede decirse, como señala Marrero, que en el aspecto métrico, Llorens «se ajusta a las formas poéticas tradicionales: endecasílabos heroicos y de rima variada, décimas octosilábicas y heptasílabicas, sonetos, combinaciones de versos de once y siete sílabas,» y también cuartetos, redondillas, quintillas, sextillas, seguidillas compuestas, etc.

Como señala Nilda S. Ortiz «*Al pie de la Alhambra* no es lo mejor ni lo más conocido de Llorens Torres», (Ortiz, 1977, 52) pero sí uno de sus libros más interesantes porque supone el comienzo de su trayectoria como poeta e intelectual letrado. No solamente informa de sus primeros ensayos poéticos, de los ejercicios de imitación tan característicos y necesarios en las etapas de aprendizaje, sino también de sus movimientos en la sociedad poética granadina, de cómo se relaciona y se sitúa junto a los literatos más importantes en aquel momento en Granada y de su manera de integrarse como uno más en las tertulias y salones que en aquellos años dictaban las preferencias intelectuales, no sólo en Granada, sino en toda España.

ÁLVARO SALVADOR

BIBLIOGRAFÍA

1. *Obras de Luis Llorens Torres*

*América (Estudios históricos y filológicos)*, Barcelona, A., Bastinos/Madrid, V. Suárez, 1894; segunda edición en Cordillera, San Juan de Puerto Rico, 1967.

*Al pie de la Alhambra*. Versos, Granada Sabatel, 1899; segunda edición en Cordillera, San Juan de Puerto Rico, 1968.

*Sonetos sinfónicos*, San Juan de Puerto Rico, Compañía Editorial Antillana, 1914.

*El grito de Lares*, Aguadilla. Drama histórico. Puerto Rico, Tip. Libertad, 1927; tres ediciones más en 1967, 1969 y 1973 en Puerto Rico, Editorial Cordillera.

*La canción de las Antillas y otros poemas*, San Juan de Puerto Rico, negociado de Materiales, Imprenta y Transporte, 1929.

*Voces de la campana mayor*. Versos. San Juan de Puerto Rico, Editorial Puertorriqueña, 1935.

*Alturas de América*. Poemas. San Juan de Puerto Rico, Baldrich, 1940 y 1954 y tres ediciones más en Editorial Cordillera, 1968, 1970 y 1973.

*Obras completas*, 2 vols., ed. de Carmen Marrero, San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1967.

2. *Estudios relativos a Luis Llorens Torres*

Correa Ramón, Amelina, *Crónica de la ciudad finisecular: Granada 1899*, Academia de Buenas Letras de Granada, 2005.

Cruz Monclova, Lidio, «Con el iniciador del Modernismo», en *Puerto Rico Ilustrado*, 31 de mayo de 1919, s.p. Citado por Nélida Ortiz García.

Escribano Pueo, María Luz, *Nicolás María López «Antón del Sauce»*. *Vida y obra*, Universidad de Granada, 1996.

## Introducción

- Gallego Morell, Antonio, «Epílogo» al *Libro de Granada*, Granada, Comares, 2001.
- Sesenta escritores granadinos con sus partidas de bautismo*, Caja de Ahorros de Granada, 1970.
- Ganivet, Ángel, *La cofradía del Avellano*, con un prólogo de Nicolás María López, Granada, Comares, 2001.
- Libro de Granada*, con textos de Ángel Ganivet, Gabriel Ruiz de Almodóvar, Matías Méndez Vellido y Nicolás María López, Granada, Comares, 1987. La primera edición se publica en Granada, en la imprenta de Sabatel en 1899.
- López, Nicolás María, *Tristeza andaluza*, Granada, Comares, 1987. La primera edición en Granada, Sabatel, 1899.
- López Díaz de la Guardia, Nicolás, «Un antecedente de la primera época de Juan Ramón Jiménez», en *Criatura afortunada. Estudios sobre la obra de Juan Ramón Jiménez*, Universidad de Granada, 88-111.
- Marrero, Carmen, *Luis Llorens Torres, vida y obra*, San Juan de Puerto Rico, Cordillera, 1968.
- Ortiz, Raquel M., *El arte de la identidad*, Tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2008.
- Ortiz García, Nilda, *Vida y obra de Luis Llorens Torres*, San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1977.
- Sánchez Trigueros, Antonio «Granada en la obra de Ganivet. La Cofradía del Avellano» en *Granada*, Vol. IV, Diputación provincial de Granada, 1981, págs. 1480-1485.
- Soria Olmedo, Andrés, *Literatura en Granada (1898-1998) II. Poesía*, Diputación de Granada, 2000, págs. 14 y 15.
- Soria Ortega, Andrés, «Ganivet y los costumbristas granadinos», *Cuadernos de Literatura*, V, 1949.
- Viñes Millet, C. y Gay Armenteros, J., *Historia de Granada. Siglos XIX y XX*, Granada, Don Quijote, 1982.

## PRÓLOGO

*Estudio crítico acerca de Granada y algunos de sus principales literatos*

Y va de prólogo... Antes, yo pensaba que estos preliminares eran indispensables en toda obra literaria, aun en la más perfecta; pero corrió el tiempo, varié de opinión, y hoy, creo que ningún libro, aunque sea peor escrito que éste, necesita tales introducciones. El lector se introduce solo, o no se introduce, sin que nadie le inste, lee lo que más le llame la atención o aquello que le parezca mejor, y continúa leyendo, si le gusta la obra, o deja de leer y cierra el libro, cuando no le place la lectura. Porque ya sé todo eso, ahora soy enemigo de cuanto parezca preámbulo, introducción y demás zarandajas de índole semejante. Sin embargo en pugna con mi misma opinión, aquí estoy, dando comienzos a este prólogo.

Porque, si existe en el mundo un libro que necesite ir precedido de algunas explicaciones, dicho libro tiene que ser éste, el peor de los muchos que se han escrito y escribirán. Yo no puedo dejar de satisfacer el deseo ya viejo en mí, de escribir unas cuantas líneas acerca de Granada y sus hombres, sus mujeres, sus bellezas, su literatura... Es, además, necesario que yo exponga las razones que he tenido para abusar del público, atreviéndome dar a luz un libro de versos que no tienen otro mérito que el haber sido

escritos por mí. Yo, poeta y autor de un libro de versos, yo, que siempre juzgué cosa muy fina eso de buscar consonantes y medir endecasílabos. Yo, poeta. ¡Ser poeta! Esta es una idea que halaga y saca de su quicio al más pintado; y mí, que no soy menos que nadie, tenía que seducirme también.

Vivir en Granada, viendo sus cármenes, contemplando su Alhambra, admirando sus mujeres... ¡y no escribir versos! Imposible. Estar enamorado, acudir todas las noches a la reja, sentir muy cerca el dulce calor de una mujer, mirar sus ojos azules brillando en medio de jazmines y capullos de rosas, escuchar su voz, percibir sus suspiros... ¡y no escribir versos! Tampoco se concibe. Por tanto, era menester que yo escribiese versos, y los escribí. Y como jamás trabajé en vano, y soy de aquellos que no se paran en pelillos, una vez escritos los versos, concebí la criminal idea de publicarlos. Y —ya lo ven ustedes— los publiqué; y aquí estoy, en el lugar del crimen, esperando tranquilamente el fallo, con la triste serenidad del reo que sabe de antemano la pena que le van a imponer.

Es costumbre vieja en mí, cuando llego a una población, examinarla minuciosamente, estudiar el carácter y costumbres de sus moradores, y fijarme hasta en los detalles más insignificantes. He visitado muchas ciudades de Europa y América, y siempre me he dejado arrastrar por esa manía. Y no es porque me suceda lo que a la mayor parte de los escritores jóvenes, que tan pronto como se creen literatos, se meten de pies a cabeza en el mar de la crítica, donde a los que no zozobran les ocurre que, como el sujeto de no se qué historia, comienzan queriendo ser críticos y concluyen siendo criticados. Juro que tal no fue el espíritu que me animó cuantas veces tomé la pluma para escribir mis observaciones; y la prueba de que no miento es que aún no ha visto la luz ninguno de los muchos artí-

## Prólogo

culos que llevo escritos y corregidos, los cuales son tantos como pueblos he visto, y los cuales reservo para un libro que pienso publicar, allá en mis mejores tiempos, cuando mi cabello blanco sea como firme testimonio que acredite mi veracidad.

Sin embargo, esta vez rompo con las reglas de mi antigua conducta, y desde Granada lanzo a la publicidad las presentes líneas, referentes a la citada población, no para dar una completa idea de lo que ella es y de lo que encierra, sino para decir lo que la pereza y somnolencia de los granadinos no han dejado que se sepa.

Escritores nacionales y extranjeros, que han vivido aquí largo tiempo, y muchos literatos regionales, han descrito con destreza incomparable las múltiples bellezas de esta ciudad: su inimitable Alhambra, su preciosa vega, sus cristalinos ríos, su dulce clima, su admirable cielo, su imponente Sierra Nevada, sus monumentos, sus antiguos arrabales...

No he de ocuparme en repetir lo que tantos autores han dicho; pero sí haré notar que en todas las bellezas de este pueblo, en sus palacios moriscos, en sus modernos cármenes, en sus contornos, en todo se deja ver algo así como una melancolía sublime. Quiero decir que por todas partes domina la nota triste. Triste, muy triste, es la Alhambra; bellísima, pero triste también, la vega, la famosa vega granadina; tristes los monumentos, las noches de luna, y hasta las auroras son tristes en esta ciudad.

Dado el objeto de este artículo, me he visto precisado a hacer las precedentes observaciones; porque esa melancolía, esa tristeza, desempeña un papel importante en cuanto a Granada se refiere: en su escultura, en su pintura, en todas las manifestaciones del arte, y, principalmente en su literatura.

Tampoco quiero hablar del carácter de los granadinos, el cual, por regla general, es melancólico. Sólo diré que

estas mujeres, las más bellas de España, difieren mucho de las del resto de Andalucía. Parece que han heredado el misticismo de los árabes; pero no es ésta la causa: conozco muchas, de quienes no puede decirse que tengan sangre musulmana, y, no obstante, son tristes; es que se contagian en medio de tanta tristeza. Aun más, estoy por creer que si aquí se educara una francesa, acabaría por ser triste también... Pero noto que me voy apartando del objeto que me propuse. Yo sólo quiero hablar, aunque muy sucintamente, de la literatura granadina.

En esta literatura, repito, la nota triste domina y se deja ver más y mejor que en las otras manifestaciones del arte. No es esto afirmar que todos los escritores granadinos hayan caído en tan hermoso fatalismo literario, no. Bien sé de muchos que pecaron por el defecto contrario; pero advierto que éstos, si torcieron sus inclinaciones, fue porque abandonaron su tierra: unos, en Madrid, bastardearon su carácter, dejándose arrastrar por las nuevas corrientes; otros, en el extranjero, puestos en contacto con hombres de distintas naciones, y respirando el ambiente de las grandes urbes, se dejaron influir por estos elementos. Basta, como ejemplo, el malogrado Ángel Ganivet, en cuya vida literaria pueden señalarse tres fases, perfectamente caracterizadas: en la primera, Ganivet era un poeta<sup>1</sup>, colocado bajo la influencia moral del medio en que vivía, es decir, un soñador granadino, como la mayor parte de los literatos que aquí conozco; en la segunda, cuando Ganivet salió de España, y viajó por pueblos extraños, éstos influyeron grandemente en la transformación de su carácter, y nuestro poeta, pretendiendo entonces romper con el sensualismo místico que

1. En la primera edición decía: «Ganivet era un poeta (no quiero decir que escribiese versos) y, como poeta, colocado...».

## Prólogo

dominaba en todas sus obras, quiso, pero no pudo lograrlo totalmente, dejar de ser el antiguo escritor granadino; y, en su tercera fase, vuelve Ganivet a lo que fue en su principio, pero vuelve perfeccionado, con más experiencia, con más dominio sobre sí y sobre el idioma, con más ilustración.

Para probar cuanto acabo de decir del desgraciado autor, debo añadir algo acerca de su obra póstuma, el hermoso drama titulado *El escultor de su alma*. El objeto de este drama es describir la vida de un hombre que, aunque honrado, trabajador, querido y respetado, sin embargo no es dichoso, porque no quiere ser lo que es. Pedro Mártir, el protagonista, no acepta la dicha que le rodea, porque no es obra exclusiva suya. En su carácter, en su felicidad, influyeron Dios y otras entidades en que él no cree. Por eso rompe todos los lazos, se separa de su familia, abandona su taller y se aleja de su patria; porque se juzga capaz de levantarse nuevamente y formarse una felicidad propia, creada por él. En esta lucha envejece, sin haber conseguido el ideal que buscaba y sin tener tiempo para volver a su centro, porque una fuerza superior le petrifica en el mismo instante que la duda, precursora de la fe, quiere penetrar en su cerebro. Indudablemente, Ganivet ha querido decirnos que los hombres se estrellan siempre en su lucha contra las eternas leyes del mundo. Para ello, se ha valido de símbolos, y en esto consisten principalmente la belleza y la originalidad del drama. Sin embargo, ambas perfecciones han sido aquí muy discutidas. En la redacción de *El Defensor de Granada*, uno de los mejores periódicos de Andalucía, se reúnen algunas noches los principales literatos de esta capital; y allí presencié la polémica que varios sostenían acerca de la célebre obra. Nicolás María López, el compañero, el amigo predilecto de Ganivet, la defendió con calor de los ataques de otros ilustres escritores, entre los cuales distinguiose un catedrático que fundaba su crítica en la oscu-



ridad del drama. Verdad que éste peca por una oscuridad extremada, y cierto que no fue bien digerido por el público, poco acostumbrado a tal clase de obras; pero de esto a aceptar que carezca de bellezas de todo género, hay un millón de escalones. Decía el citado catedrático que la belleza es intuitiva, perceptible por doctos e ignorantes, y que, pues las bellezas del drama no se veían a primera vista, el drama carecía de bellezas. Con nada de eso puedo estar conforme. Yo creo que, aunque la ciencia y el arte se propongan el mismo fin, el cual no es otro que la verdad, llegan a él por distintos caminos, por caminos enteramente opuestos. El fin que se propone la ciencia es desenterrar la verdad, desnudarla, quitarle los adornos que puedan oscurecerla, y presentarla limpia, clara y transparente a los ojos de todo el mundo. El arte, por el contrario, encuentra la verdad desnuda, y la viste, la engalana y la disfraza con hermosos atavíos, o lo que es lo mismo, toma la verdad del mundo real, la oculta bajo un velo y la transforma en verdad del mundo ideal. Ahora bien, los velos que cubren la verdad y la convierten en verdad estética, pueden ser más o menos espesos, más o menos tupidos; y de estas condiciones depende el que la belleza, la verdad estética, sea más o menos perceptible por los sentidos. Muchas obras, que hoy son aplaudidas con frenesí, fueron despreciadas en otros tiempos.

Indudablemente, *El escultor de su alma* es una joya de la literatura castellana, y en dicha obra el autor se propuso lo que ningún granadino ha adivinado, se propuso referirnos su propia historia. Él, Ganivet, es protagonista de su drama. No se puede negar que el infortunado literato, cuando escribía las primeras escenas, ya sospechaba su trágica muerte, su muerte en la tierra, su inmortalidad en la literatura patria.

Fuera parte del citado Ganivet y de algún otro autor, en el carácter literario de los granadinos, se deja ver la in-

## Prólogo

fluencia, al través de los años, del pueblo árabe, con todo su sensualismo, sus nostalgias hacia lo infinito y oscuro, su pereza, su somnolencia, sus ideas místicas... Voy a citar los nombres y las obras de algunos escritores, que he tenido el honor de conocer, en los pocos meses que llevo de permanencia en esta ciudad; pero comenzaré hablando de Nicolás María-López y de su último libro, titulado *Tristeza andaluza*. La reciente publicación de dicha obra hace que estas líneas no carezcan por completo de actualidad.

En España sucede con frecuencia que los hombres que verdaderamente valen, permanecen olvidados, si no desconocidos, mientras en los altos puestos se pavonean otros que han subido hasta allí arrastrándose como las culebras. A Ganivet nadie lo conocía, y sólo después de muerto, los periódicos han dado noticias de su paso por la tierra. Por eso ahora vengo a ocuparme del autor de *Tristeza andaluza*, Nicolás María López, amigo y compañero inseparable de Ganivet. Es el señor López el escritor que mejor ha sabido interpretar la manera de pensar, sentir y querer de sus paisanos. Yo descubro en él a otro Ganivet, pero sin los defectos de Ganivet. En su libro *Tristeza andaluza* he visto la obra perfecta de un poeta filósofo o de un filósofo poeta. En el señor López, he conocido a un artista, tal como yo creía que debía ser el artista, sin haberlo leído en ningún libro. En *Tristeza andaluza*, he saboreado una verdadera obra literaria.

En el vasto campo del arte en general, y especialmente en el de la literatura, hay más de mil escuelas y más de mil opiniones, acerca de lo que es y debe ser el arte y respecto al fin que debe proponerse todo autor. Aunque humilde, he creído que también tengo derecho a juzgar estas cosas a mi manera. Nadie ignora, ni puede ignorar, que existe un mundo, el mundo que todos vemos; el cielo cubierto de estrellas y nubes, la tierra llena de montañas, ríos,

hombres, animales y plantas; por todas partes, bosques espesos, verdes campiñas, jardines floridos; por donde quiera, notas tristes, notas alegres, notas que ni son alegres ni tristes: esto que todos vemos, constituye el mundo real. Nadie negará tampoco que existe otro mundo, que unos llamarán mundo irreal o mundo de la imaginación<sup>2</sup>, como quiera llamársele, es análogo al mundo real; es el mismo mundo real perfeccionado, adornado con las galas de la poesía; es el mismo mundo real lleno de montañas, ríos, hombres, animales y plantas. Pero se diferencia de éste, en que en aquél los astros brillan con más esplendor, las montañas son más elevadas, los bosques más espesos, los árboles más gigantes, los ríos más caudalosos, las fieras más temibles, los hombres más héroes, las mujeres más hermosas... En una palabra, el mundo ideal es otro mundo análogo y superior al real y que sólo existe en la imaginación del artista. Por tanto, el fin que han de proponerse el artista y el poeta consiste en presentar en forma sensible las escenas y paisajes del mundo ideal. Por esto yo, entendiéndolo a mi manera, estoy conforme con los que dicen que el arte es la reproducción sensible de la vida ideal.

Ese mundo ideal, que existe en la imaginación de todo poeta, puede ser más o menos bello, pero siempre superior al mundo real; y en esto, y en los diferentes modos de hacer sensible la belleza, consiste el que los poetas sean más o menos buenos. En Gustavo Bécquer se reunían ambas condiciones: su mundo ideal era muy grande, superior al de casi todos los poetas españoles, y su forma de expresión era también inmejorable. Con los mismos ojos he contemplado a Nicolás María López: su mundo ideal se parece mucho al de Bécquer, y en él hay paisajes tan

2. En la primera edición: «Este mundo, como quiera llamársele...».

## Prólogo

bellos como algunos del famoso autor de las *Rimas* y *Leyendas*. Y, por lo que se refiere al estilo o al ropaje artístico del pensamiento, basta leer el «Prólogo» a la conocida obra *Cartas Finlandesas* (de Ganivet), para convencerse de lo que vale el señor López, como ameno literato, como prudente crítico y como escritor correcto y elegante.

Al lado de Nicolás María López y en la misma altura que éste, brilla en Granada otro escritor notable, sobradamente conocido por sus dos novelas *Teresa* y *Arrequín* y, principalmente, por su preciosa obra *Granadinas* que es una colección de artículos literarios en los que el autor (¿quién no conoce aquí al señor Méndez Vellido?), con su inimitable pluma maestra, describe primorosamente tipos y paisajes de esta comarca y narra leyendas y cuentos y pinta con vivos colores escenas y cuadros de costumbres granadinas.

Como el águila que anida siempre en las cimas de las montañas, allá, en lo más alto del viejo Albaicín, solázase, escribiendo sus populares *Siluetas*, el laureado vate Afán de Ribera, autor de una porción de obras en verso y prosa, eterno cantor de antiguas tradiciones, y recientemente elogiado, en diarios y revistas, por propios y extraños, con motivo de su último libro *Entre Beiro y Dauro*. Dicho poeta, fecundísimo, como casi todos los andaluces, es además autor de las celebradas obras *Cosas de Granada*, *Noches del Albaicín*, *A orillas del Dauro*, *Fiestas populares de Granada*, *Tradiciones* y *Leyendas* y otras muchas.

Como vigorosos nervios que sostienen y ponen en movimiento esta falange de escritores granadinos, debo citar aquí a los hermanos Seco de Lucena, directores del popular y bien escrito periódico *El Defensor de Granada*, en cuyas columnas ambos han luchado y luchan todavía, defendiendo siempre los intereses de esta provincia, contra los despojos de que viene siendo objeto, desde hace muchos años,

por razón de impolíticas miras de malos gobernantes. Don Luis Seco es además conocido y figura entre los principales literatos españoles, por los excelentes libros que ha publicado: *Las Cruzadas* (estudio histórico), *Granada-Murcia* (con motivo de las inundaciones de 1879 y a beneficio de los inundados), *La ciudad de Granada* (estudio histórico y artístico), obra que promete ser muy voluminosa y completa, y de la cual van publicados dos cuadernos; *Colección escogida de poesías y pensamientos del álbum de la Alhambra*, de cuyo libro se han hecho ya varias ediciones, todas agotadas: *Guía de Granada* (edición manual) y algunas otras que ahora no recuerdo. Sumamente dignos de elogio son también los innumerables artículos que ha publicado en multitud de periódicos españoles, y principalmente en *El Defensor*, diario político y literario fundado hace mucho tiempo y del cual es actualmente director el notable literato don Francisco Seco de Lucena. Este distinguido publicista, que es a la vez poeta, historiador, abogado y periodista notable, es más bien conocido en Granada como orador enérgico y elocuente. Y, en efecto, aunque nadie niega el mérito de sus artículos históricos (*La Noche Buena de 1568 en la Alpujarra*, *La matanza de Juviles*, en 12 de enero de 1569, *El asalto de los Guajares*, en 12 de febrero de 1569, y otros), aunque todos le respetamos como crítico, desde que publicó su interesante juicio acerca del *Idearium Español* (de Ganivet), no obstante, forzoso es reconocer que donde ha llegado a más altura es en sus elocuentes discursos, forenses y académicos.

Y ahora voy a nombrar a un gran poeta, D. Miguel Gutiérrez, Catedrático de Retórica y Poética, premiado con la flor natural en los últimos Juegos Florales celebrados en Granada, y autor de preciosísimas poesías, notables todas por la brillantez de las imágenes, por lo escogido de las palabras, por la erudición que revelan, y, sobre todo, por la asombrosa facilidad con que parecen escritas.

## Prólogo

Al lado de este último literato, brillan en esta población otros poetas de reconocidos méritos. Entre éstos, figura Miguel M.<sup>a</sup> Pareja, autor de excelentes artículos literarios, que ahora prepara una novela interesantísima, y en cuyas manos la lira es un instrumento que ríe como un niño, llora como una madre y suspira como una mujer. Sánchez Gerona, cuya inquietísima pluma lo mismo escribe gitanescos chistes que cultas agudezas; Vico y Bravo, cantor de los antiguos esplendores de esta ciudad, e ilustrado literato, autor de un drama histórico, que acaba de publicarse, titulado *La Conquista de Granada*, con cuya lectura recordamos las hazañas de aquellos valientes cristianos que en el siglo XV fueron terror y espanto de la Corte Nazarita; y otros muchos, que siento no conocer, para honrar con sus nombres estas páginas.

No como poetas, pero sí como correctísimos escritores, suenan por ahí los nombres de Gago Palomo, insigne novelista y castizo literato, justamente celebrado en todas las regiones de España; Elías Pelayo, escritor de severo y elegante estilo; Almodóvar, poeta delicadísimo; Marín, ameno autor del bien escrito folleto *La Suiza Andaluza* (crónica de una excursión a la Sierra Nevada); Travesset, literato de fácil y correcto estilo; Castroviejo, autor del interesante folleto *De Granada a Roma y regreso*; Zambrano, escritor correcto y fecundo; Alderete, poeta y novelista notable, etc.; y muchos que no he tenido el honor de conocer; como Santa Cruz, Velázquez, García, Mendoza, Aguilera, Villarreal, González Garbín y tantísimos otros, entre los cuales cuento los redactores de los populares periódicos *El Heraldo Granadino* y *La Publicidad*.

Entre ese grupo numeroso de inteligentes prosistas, figura D. Francisco de P.<sup>a</sup> Valladar, director del periódico *La Alhambra* y autor de interesantísimas obras entre las cuales es principalmente digna de mención la que vio la luz

en 1892 con el título *Colón en Santa Fe y Granada*, que es un estudio histórico valiosísimo, aunque contenga errores disculpables, como el de suponer a los hermanos Pinzón dueños de alguna de las naos, siendo así que hoy está plenamente averiguado todo lo relativo a la propiedad de las tres carabelas, y consta que Pinzón no era dueño de ninguna <sup>3</sup>, aunque así lo hayan afirmado Washington Irving y otros historiadores, antes que el señor Valladar. Sin embargo, no obsta este error para que la obra *Colón en Santa Fe* figure en el número de las principales que se escribieron con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.

Y aquí doy fin a este mal escrito resumen de la literatura granadina.

\* \* \*

No quisiera decir nada acerca de este insignificante libro, porque sé de sobras que no debo ocuparme de mí, en este prólogo, donde hablo de tantos y tan inteligentes escritores; pero, contando con la benevolencia de todos, nuevamente dejo que mi pluma se extravíe en estas últimas cuartillas.

Siempre he creído que escribir libros de versos malos es lo mismo que no escribir nada. Y esta creencia, lejos de mortificarme produce en mí la satisfacción de suponer que soy un ser inofensivo, como los verdaderos poetas, y aleja los remordimientos que pudieran empañar mi conciencia; porque, bien es sabido de todos aunque nadie lo haya di-

3. Acerca de este particular, puede consultarse mi libro *América (Estudios históricos y filológicos)*. Cap. II, Sección II, pág. 73. (Esta página corresponde a la pág. 100 de la edición de 1967, Ed. Cordillera, San Juan, P. R.).

## Prólogo

cho, que el que nada hace, no hace gran cosa, pero tampoco peca.

Hace un año que vivo en esta hermosa ciudad, y durante ese año, he escrito todos los versos que forman el contenido de este volumen. Las ideas y las imágenes, que el lector descubra en ellos, no han sido concebidas por mí, mejor dicho, yo no he trabajado ni menos me he esforzado en buscarlas: ellas vinieron a mí, acudieron a mi mente, en aquellas deslumbrantes mañanas de primavera, en que yo salía a pasearme por las orillas del Darro; en las soñolientas tardes de invierno, en que tantas veces he contemplado las variaciones de color que experimentan las nevadas cumbres de la Sierra, al hundirse el sol en el ocaso; o en las apacibles noches de verano, en aquellas dulces noches en que yo, con el alma en los ojos, miraba los rayos de la luna prolongarse en los dorados rizos de una mujer...

...Los ayes de las cuerdas, que gemían  
bajo sus dedos suaves y rosados,  
el eco de las fuentes repetían,  
el ruido de las hojas semejaban...  
Y sus rubios cabellos, destrenzados,  
los rayos de la luna prolongaban.

Yo no he hecho más que escribir, en forma de versos —y de versos malos—, los pensamientos, más o menos bellos, que aquí se le ocurren a cualquiera, al más indiferente, que se detenga un momento a contemplar los bellísimos paisajes de este panorama encantador.

No espero que ningún crítico, de los muchos que existen en todas partes, se tome la molestia de examinar estos versos, aunque sólo sea para censurarlos. No tengo tal esperanza; mas, como todo es posible y pudiera darse el caso de que alguien lo intentara, no está de más que yo advier-



ta —y téngase por muy sinceras mis palabras— que sé perfectamente que la mayor parte de estas composiciones son incorrectas y de poco valor poético, aun más, conozco los defectos de algunas y he notado las incorrecciones gramaticales de otras, las cuales no he mejorado ni corregido, a causa de la excesiva prisa con que he tenido que entregarlas en la imprenta. Me parece que esas consideraciones, por una parte, y, por otra, la seguridad de que este libro será leído por muy pocas personas, son razones más que suficientes para que el severo crítico guarde esta vez la pluma y me deje dormir tranquilamente el sueño de los desconocidos, ya que no es menester desplumar el ave que nace sin alas, y no es hazaña grande contar los pasos del hombre que camina poco.

Y, para terminar este prólogo, cumpliendo un deber de gratitud, envío, con estos últimos renglones, las más expresivas gracias a mis distinguidos amigos los insignes escritores D. José Fernández Bremón, D. M. Menéndez Pelayo, D. José M. Asensio (y demás ilustres miembros de la Real Academia de la Historia), y a cuantos literatos españoles y americanos tuvieron la bondad de tributarme inmerecidos elogios, en cartas y periódicos, con motivo de la publicación de mi anterior obra *América (Estudios históricos y filológicos)*.

EL AUTOR,  
*Granada, Noviembre 1.º del 1899*

## **Al pie de la Alhambra**

## Dedicatoria

*A Carmita Rivero*

Tú, la musa gentil de azules ojos,  
más azules que el cielo en primavera;  
la de los labios dulces,  
más dulces que la miel de las abejas;  
y la del cuerpo blanco,  
más blanco que la nieve de la Sierra;  
tú, que eres tan sensible,  
tan hermosa, tan bella...  
Tú eres la inspiradora  
de estas canciones que hasta ti se elevan;  
tú eres la viva fuente donde nacen  
mis oscuras visiones de poeta,  
mis alegres idilios  
y mis tristes endechas...

Por eso, agradecido, yo te ofrezco  
este pequeño libro, que no encierra  
encantos, ni primores,  
ni galas literarias, ni bellezas;  
pero es la breve historia  
de mi pasión inmensa,

escrita suspirando  
y con la mano trémula  
sintiendo la añoranza  
de tus miradas tiernas,  
aquí solo en mi alcoba,  
en noches de placer o de tristeza...  
¡Ay!, si mis pobres versos  
no son ni valen lo que yo quisiera,  
no es porque tú, la musa que me inspira,  
otros cantos mejores no merezcas...

¡Perdóname, bien mío,  
perdona que pretenda  
cantar en esa altura,  
cantar cerca de ti tanta grandeza!

Los versos de este álbum,  
que te dedico, como humilde ofrenda,  
son mis primeros versos, y es posible  
que mis últimos cantos también sean.

Soy joven: es verdad; más, de mi lira  
ya están rotas las cuerdas,  
y jamás vibrarán, hasta el momento  
en que tú te entristezcas  
y mi lira compongas  
con hebras de tu rubia cabellera...  
¡Entonces sí que nacerán triunfando  
las canciones de amor de tu poeta!

Luis Lloréns Torres  
*Granada, 30 de marzo de 1899*